

El concepto de identidad social urbana: una aproximación entre la Psicología Social y la Psicología Ambiental*

Sergi Valera
Enric Pol
Universidad de Barcelona

En el presente trabajo se enfatiza el papel de los entornos físicos en la génesis, desarrollo y mantenimiento de la identidad social de grupos y comunidades. A través del concepto de identidad social urbana se contempla el entorno como una categoría social con un significado socialmente elaborado y compartido que puede servir de base para la definición de grupos sociales. Tomando como marco global de referencia las teorías de la identidad social, del interaccionismo simbólico y del construccionismo social, el concepto de identidad social urbana integra aportaciones propias de la psicología ambiental que toman en consideración los aspectos simbólicos y sociales del espacio.

Palabras clave: Entorno, identidad social urbana, identidad social, psicología ambiental.

The role of physical environments in the genesis, development and maintenance of the social identity is emphasized in this paper. Through the concept of urban social identity the environment is regarded as a social categorization, with a share social meaning which can be considered on the basis to the social groups definition. Considering theories of social identity, symbolic interactionism and social constructionism as a theoretical framework, the concept of urban social identity makes up contributes on environmental psychology which consider the symbolic and social aspects of the space.

Keywords: Environment, Urban Social Identity, Environmental Psychology, Social Identity.

Una posible manera de contextualizar un trabajo que pretende ser eminentemente teórico consiste, sin embargo, en tratar de constatar su relevancia en el ámbito de la vida cotidiana. Para ello, pues, empezaremos con un ejemplo toma-

* Quisiéramos agradecer a los doctores Frederic Munné, Federico Javaloy y Joan Guàrdia su paciencia en la revisión de este texto así como sus oportunos comentarios al borrador del mismo.

Dirección de los autores: Sergi Valera, Enric Pol. Departamento de Psicología Social, Facultat de Psicologia. Adolf Florensa s/n. 08028 Barcelona.

do de una simple observación fruto de la experiencia personal que, seguramente, será refrendada por la mayoría de los lectores. Supongamos una situación en la que nos encontremos con una persona desconocida para nosotros con la que queremos establecer una interacción o, simplemente por cortesía y ante una situación ineludible, debemos estar hablando con ella durante un buen rato —nos ha tocado en suerte, por ejemplo, sentarnos a su lado en un banquete—. En primer lugar, y si el contexto no da excesivas pistas, tanto la persona en cuestión como nosotros intentaremos obtener información acerca de nuestro interlocutor. Hay pues una necesidad de identificar al otro e identificarnos ante el otro para establecer puntos en común o buscar relaciones entre ambas informaciones. Por otra parte, a nivel teórico, sabemos que estos mecanismos cognitivos consisten, en buena parte, en procesos de categorización social, básicos para la definición de la identidad social de los individuos.

Pues bien, con toda probabilidad, una de las primeras preguntas que formularemos ante una situación de este tipo será: «¿De dónde es usted?», o bien «¿dónde vive usted?», cuestiones que entroncan directamente con el tema que nos disponemos a desarrollar, a saber, que los procesos que configuran y determinan la identidad social de los individuos y grupos parten, entre otros elementos, del entorno físico donde éstos se ubican y que éste constituye un marco de referencia categorial para la determinación de tal identidad social. La delimitación conceptual de esta identidad social espacial así como su relación con las características simbólicas del espacio serán los objetivos principales de este trabajo. Asimismo, considerando que gran parte de los grupos en nuestra sociedad viven en entornos urbanos, hemos optado por el término *identidad social urbana* para designar al objeto de nuestro análisis, aunque de un modo más general podemos considerar perfectamente el término *identidad social espacial* —englobando así a otros entornos además de los estrictamente urbanos—.

Aunque desde el ámbito disciplinar de la Psicología Social existe una extensa producción teórica sobre el tema de la identidad social, rara vez los psicólogos sociales han centrado su atención sobre los aspectos ambientales y el papel de los entornos físicos en la génesis, desarrollo o mantenimiento de la identidad social (Proshansky, Fabian y Kaminoff, 1983). A pesar de ello, al revisar la literatura sobre el tema, hemos podido observar cómo los escenarios físicos en los que el individuo desarrolla su vida cotidiana juegan un importante papel en la configuración de su identidad del *self* a través de la estructura de *place-identity* (Proshansky, 1976; 1978; Proshansky, Fabian y Kaminoff, 1983), cómo determinadas áreas geográficas determinan la identidad urbana (*urban identity*) de sus habitantes (Lalli, 1988; en prensa), cuál es el papel que juegan los significados espaciales en los procesos de identificación social (Stokols, 1981; 1990; Stokols y Shumaker, 1981), la orientación temporal de los grupos y la relación simbólica con el espacio (Stokols y Jacobi, 1984) o la importancia de los aspectos espaciales en la relación ecológica entre comunidades simbólicas (Hunter, 1987).

La consideración del entorno en los procesos de identidad social

La relación entre identidad social y pertenencia a determinadas categorías

o grupos sociales tiene una larga tradición en Psicología Social, desde Mead (1934) hasta los planteamientos de Tajfel, Turner y seguidores en Gran Bretaña (Tajfel, 1981; 1983; Tajfel y Turner, 1986; Turner, 1987; Hogg y Abrams, 1988) o de Codol (1975; 1982) en Francia (véase Brown, 1988; Ibáñez, 1990, o Javaloy, 1990). Pero esta misma tradición en investigación social no ha prestado suficiente atención a un elemento que para nosotros resulta fundamental. La identidad social también puede derivarse del sentimiento de pertenencia o afiliación a un entorno concreto significativo, resultando entonces una categoría social más (Aragonés, Corraliza, Cortés y Américo, 1992). Por otro lado, desde la perspectiva del interaccionismo simbólico, todos los objetos —y en el sentido que da Blumer (1969) al término «objeto» pueden incluirse tanto los espacios como también las categorías sociales— adquieren su naturaleza ontológica a partir de los significados conferidos por individuos y grupos o, en terminología de Berger y Luckman (1966), pueden ser considerados construcciones sociales. En este sentido, resulta particularmente interesante la afirmación de Stoetzel, en una de las pocas referencias al tema en un texto de Psicología Social: «La idea de que el contorno físico de un individuo está enteramente transculturado a la sociedad de la que forma parte, y que describe el mundo físico, tal como es percibido en el seno de una sociedad y como objeto de conductas de adaptación a la misma, equivale a describir la cultura de esta sociedad» (Stoetzel, 1970, p. 66).

Sin embargo, aunque la idea de que los individuos, los grupos sociales o las comunidades están siempre ubicadas y, por tanto, relacionadas con unos determinados entornos resulta obvia, lo que no resulta tan evidente, revisando las aportaciones de la Psicología Social, es el papel que estos entornos juegan en la formación de las identidades de los individuos, grupos o comunidades. Posiblemente las razones que explican esta omisión responden a varios factores:

a) Por un lado, hay una tendencia general a adoptar una visión excesivamente reduccionista del entorno, acotándolo a dimensiones puramente fiscalistas cuando, desde planteamientos interaccionistas simbólicos, sabemos que los objetos que configuran nuestro mundo son considerados como tales cuando el ser humano es capaz de dotarlos de un significado, y que este significado es un producto socialmente elaborado a través de la interacción simbólica (Blumer, 1969; Stryker, 1983). Así pues, cualquier entorno urbano ha de ser analizado como un producto social antes que como una realidad física (Rapoport, 1977).

b) Una segunda razón hace referencia a los elementos de la interacción social. Tradicionalmente se ha analizado el tema de la identidad social considerando ésta como resultado de la interacción entre individuos y grupos (Tajfel, 1981) o entre grupos sociales (Turner, 1987), relegando al espacio físico a un segundo término. La diferenciación entre un medio físico y un medio social relativamente independientes ha contribuido también a fomentar esta consideración —por ejemplo, el enfoque dramático de Goffman (1967) considera al entorno como el escenario físico donde se desarrolla la interacción social—. Pero si, como hemos apuntado anteriormente, el entorno ha de ser considerado como un producto social, la distinción entre medio físico y medio social tiende a desaparecer y el entorno pasa a ser no sólo el escenario de la interacción sino, como propone Stokols, un elemento más de la interacción (Stokols, 1990). La relación entre individuos

y grupos con el entorno no se reduce sólo a considerar este último como el marco físico donde se desarrolla la conducta sino que se traduce también en un verdadero «diálogo» simbólico en el cual el espacio transmite a los individuos unos determinados significados socialmente elaborados y éstos interpretan y reelaboran estos significados en un proceso de reconstrucción que enriquece ambas partes. Esta relación dialogante constituye la base de la identidad social asociada al entorno.

c) En tercer lugar, cabe destacar que la investigación en Psicología Social respecto al tema de la identidad social se ha caracterizado por seguir mayoritariamente un método experimental basado en situaciones de laboratorio. Si tradicionalmente la interacción social se da entre sujetos, y el entorno es tan sólo el marco de esta interacción, la situación experimental tiende a reducir al máximo las variables ambientales, a neutralizar el entorno y a configurar una situación descontextualizada.

En definitiva, por lo que respecta al tema de la identidad social, podemos decir que los psicólogos sociales han tendido a no considerar los aspectos ambientales. Lo que a continuación pretendemos es incorporar el papel de los entornos urbanos dentro de estos procesos a partir de la noción de *identidad social urbana*.

Elementos para una primera aproximación al concepto de identidad social urbana

Partimos en primer lugar de la definición de identidad social que propone Tajfel: «(es) aquella parte del autoconcepto de un individuo que se deriva del conocimiento de su pertenencia a un grupo o grupos sociales juntamente con el significado valorativo y emocional asociado a esta pertenencia» (Tajfel, 1981, p. 292). Dentro de esta definición, y en función de lo dicho hasta el momento, puede quedar incluido perfectamente el concepto de «entorno», de manera que la identidad social de un individuo también puede derivarse del conocimiento de su pertenencia a un entorno o entornos concretos, juntamente con el significado valorativo y emocional asociado a estas pertenencias.

En esta línea se encuentra el desarrollo del concepto de *place-identity* (Proshansky, 1976, 1978; Proshansky, Fabian y Kaminoff, 1983). La identidad de lugar es considerada como una subestructura de la identidad de *self* y consiste en un conjunto de cogniciones referentes a lugares o espacios donde la persona desarrolla su vida cotidiana y en función de los cuales el individuo puede establecer vínculos emocionales y de pertenencia a determinados entornos. Estos vínculos son, como mínimo, tan importantes como los que se establecen con los diferentes grupos sociales con los cuales el individuo se relaciona. En la base de esta estructura se encuentra el «pasado ambiental» del individuo así como los significados socialmente elaborados referidos a estos espacios que la persona ha ido integrando en sus relaciones espaciales. Este «depósito cognitivo» que configura la identidad de lugar —del cual, según Proshansky y otros (1983), el individuo

no es consciente excepto cuando siente su identidad amenazada— permite a la persona reconocer propiedades de los entornos nuevos que se relacionan con su «pasado ambiental», favorecer un sentido de familiaridad y la percepción de estabilidad en el ambiente, dar indicios sobre cómo actuar, determinar el grado de apropiación o la capacidad para modificar el entorno y, por último, favorecer un sentimiento de control y seguridad ambiental.

Si bien a partir de la recuperación del concepto de *self* de Mead (1934) la noción de *place-identity* (Proshansky y otros, 1983) introduce elementos de reflexión en la definición de identidad social de Tajfel (1981), por lo que respecta al papel de los entornos físicos en estos procesos, hemos de destacar que, tanto la noción de identidad social como la de *place-identity*, hacen referencia directa a procesos de identidad social centrados en el individuo y no tanto en los propios grupos. El paso de una identidad social individual a una grupal o colectiva se concreta en la «Teoría de la Categorización del *Self*» o «Teoría de la identidad social del grupo» de Turner (1987). De la extensa elaboración teórica que plantea el autor nos interesa destacar tres aspectos importantes para nuestros propósitos:

a) El mecanismo de comparación social en relación con la categorización del self

Tajfel ya planteaba el hecho de que la identidad social fundamentada en la pertenencia de un individuo a determinados grupos o categorías implica la acentuación perceptiva de las semejanzas con el propio grupo y las diferencias de éste respecto a los otros grupos, siendo esta perspectiva comparativa la que une la categorización social con la identidad social (Tajfel, 1983). El mismo mecanismo había ya sido propuesto por Bruner en relación a la categorización perceptiva (Bruner y otros, 1956). Turner recupera esta idea para realizar una reconceptualización del grupo social, considerándolo como aquel conjunto de individuos que se perciben a sí mismos como miembros de una determinada categoría social y que, por lo tanto, son capaces de diferenciarse de otros conjuntos de individuos en base a las dimensiones asociadas a esta categorización (Turner, 1987). En definitiva, la configuración de la identidad social del grupo viene dada tanto por la percepción de semejanzas en el endogrupo como por la percepción de diferencias endogrupo-exogrupo, en base a unas determinadas dimensiones categoriales.

b) El principio de metacontraste

Las categorizaciones pueden diferenciarse por su nivel de abstracción, configurando un sistema jerárquico de clasificación categorial con determinados niveles de abstracción cada vez más elevados, marcado por relaciones de inclusión de clase. Turner (1987) distingue tres niveles básicos de abstracción categorial: un nivel supraordenado que hace referencia a la identificación con la categoría «humano» en relación a otras formas de vida, un nivel intermedio de categorizaciones endogrupo-exogrupo basado en la percepción de semejanzas y diferencias que haría referencia a la identificación «social», y un tercer nivel subordinado de categorizaciones personales que se refiere a la identificación de cada individuo como ser específico y diferenciado del resto de individuos.

Yendo en la dirección inversa, es decir, desde identificaciones personales a categorizaciones de niveles superiores de abstracción, el individuo experimenta

un proceso de despersonalización en el sentido de que cada vez asume dimensiones categoriales más colectivas y menos personales. De esta manera se establece un *continuum* que va desde la identidad (social) individual hasta la identidad social grupal o colectiva. El principio que rige este fenómeno es el de *metacontraste*. Se trata de un mecanismo cognitivo por el cual determinados elementos, aunque sean diferentes entre sí, tienden a agruparse en una única categoría (se consideran pues idénticos en un determinado nivel de abstracción) si las diferencias percibidas entre ellos (intracategorialmente) se consideran menores que las diferencias percibidas en comparación con otros grupos de elementos (intercategorialmente) en el mismo nivel de abstracción. De esta manera, una persona podrá identificarse con categorías sociales más o menos amplias (más o menos inclusivas) mientras perciba las diferencias endogrupales menores que las exogrupales en el mismo nivel de abstracción.

c) *Los conceptos de «saliencia» y prototipicalidad*

La «saliencia» categorial hace referencia a la capacidad de una categorización del *self* para resultar relevante en relación al sentido de pertenencia a un grupo. Cuando Turner habla de pertenencia categorial «saliente» se refiere a la que «opera desde el punto de vista psicológico para incrementar la influencia de la propia pertenencia a este grupo» (Turner, 1990, p. 168). Por otro lado, la prototipicalidad se refiere al grado en que un determinado estímulo o elemento de una categoría «se percibe como paradigmático o representativo de la categoría en su conjunto» (*op. cit.*, p. 79). Estas dos características se rigen por el principio de metacontraste.

En definitiva, la teoría de la categorización del *self* de Turner recoge y amplía las tesis de Tajfel y le da al tema de la identidad social un enfoque más grupal que individual, aunque no está igualmente claro que éste sea un enfoque más «social» (Ibáñez, 1990). Los procesos psicosociales que determinan la identidad social dependen de la capacidad de los individuos de pensarse a sí mismos situándose en un nivel de abstracción correspondiente a categorías grupales.

Si en un primer momento hemos pretendido reflexionar sobre la definición de identidad social de Tajfel a partir del concepto de *place-identity* (Proshansky, 1976, 1978; Proshansky y otros, 1983), lo que proponemos a continuación es introducir el elemento «entorno urbano» en la teoría de la categorización del *self* de Turner, retomando a su vez las perspectivas interaccionista simbólica y construccionista en relación al espacio y a la identidad social.

El concepto de *identidad social urbana*

Este planteamiento implica la consideración de que los entornos urbanos pueden ser entendidos también como categorizaciones del *self* en un determinado nivel de abstracción grupal. El sentido de pertenencia a determinadas categorías sociales incluye también el sentido de pertenencia a determinados entornos

urbanos significativos para el grupo. Detrás de esta idea se encuentra la consideración del entorno urbano como algo más que el escenario físico donde se desarrolla la vida de los individuos, siendo un producto social fruto de la interacción simbólica que se da entre las personas que comparten un determinado entorno urbano. Los contenidos de estas categorizaciones vienen determinados por la interacción simbólica que se da entre las personas que comparten un determinado espacio y que se identifican con él a través de un conjunto de significados socialmente elaborados y compartidos. Es de esta manera como el entorno urbano supera la dimensión física para adoptar también una dimensión simbólica y social.

El espacio urbano, pues, representa a nivel simbólico un conjunto de características que definen a sus habitantes como pertenecientes a una determinada categoría urbana en un determinado nivel de abstracción, y los diferencia del resto de personas en base a los contenidos o dimensiones relevantes de esta categoría en el mismo nivel de abstracción. Así pues, desde este punto de vista, los entornos urbanos pueden también ser analizados como categorías sociales.

Identidad urbana y comunidades simbólicas

Ésta es la premisa fundamental que se halla implícita en el concepto de identidad urbana (*urban identity*) desarrollado por Lalli (1988; en prensa). Para este autor, «sentirse y definirse como residente de un determinado pueblo, [barrio o ciudad] implica también demarcarse en contraste con el resto de la gente que no vive allí» (1988, los corchetes son nuestros). Parece correcto, pues, pensar que los mecanismos que se encuentran en la base de la identidad urbana son los de categorización y comparación sociales propios de la identidad social. Pero, para Lalli, la identidad urbana cumple también con otra función fundamental: permite internalizar las características especiales del pueblo basadas en un conjunto de atribuciones que configuran una determinada imagen de éste —en un sentido muy similar al de «imaginabilidad social» de Stokols (1981)—. Esta imagen determina, según Lalli, la atribución de un conjunto de características a los individuos, los dota de un cierto tipo de personalidad: «sentirse residente de un pueblo confiere un número de cualidades casi-psicológicas a las personas asociadas a él» (1988, p. 305). A su vez, la identidad urbana provee a la persona de evaluaciones positivas del *self* (aspecto ya destacado por Tajfel y por Turner en sus investigaciones sobre categorización e identidad social) y de un sentimiento subjetivo de continuidad temporal que permite la conexión identidad-generación en relación al entorno urbano.

Esta continuidad temporal que se deriva de las relaciones simbólicas con el espacio es tratada específicamente por Stokols, resultando un elemento fundamental de la identidad de los grupos asociados a determinados entornos (Stokols y Jacobi, 1984). Así pues, las orientaciones temporales de los grupos sociales juegan un importante papel en las relaciones que se establecen entre estos grupos y sus entornos a la vez que definen la identidad social en función de las particulares perspectivas temporales. Las orientaciones propuestas por estos autores: *centrada en el presente, futurista, tradicional y coordinada* implican diversas modali-

dades de relación simbólica con el espacio que van, respectivamente, desde relaciones estrictamente funcionales, inversiones hacia el futuro, preservación de la historia o la coordinación presente-pasado-futuro de la identidad social de un grupo en relación al entorno donde se sitúa.

Por otro lado, paralela a la noción de identidad urbana de Lalli se encuentra la idea de *comunidad simbólica* de Hunter (1987). Este autor, partiendo de la «Ecología Simbólica» como sistema conceptual para entender los procesos de identificación comunitaria a partir de la construcción social del significado de las comunidades, considera que éstas tienen su propia identidad basada en la interacción simbólica entre ellas a través de una relación de tipo ecológico. Como Lalli, Hunter propone que el proceso de construcción social de una identidad comunitaria surge de las interacciones que los miembros de un territorio local tienen con los de fuera y que sirven para definir a la comunidad. En esta interacción son especialmente relevantes el nivel toponímico como sistema de clasificación y categorización, el nivel territorial, es decir, los límites que definen a esta comunidad en comparación a otras, y las evaluaciones de la comunidad relativas a otras comunidades. Así pues, las relaciones que a nivel ecológico se dan entre las comunidades a partir de la atribución de significados socialmente elaborados y compartidos ayudan a configurar también la identidad social asociada a un entorno y a definir lo que Hunter llama *comunidades simbólicas* (Hunter, 1987).

Mientras Lalli (1988; en prensa) toma como punto de partida el concepto de *self* del interaccionismo simbólico (Mead, 1934) así como la noción de *place-identity* (Proshansky y otros, 1983) para definir la identidad urbana de un grupo, Hunter (1987) parte del mismo interaccionismo simbólico y del construccionismo social (Berger y Luckman, 1966) para presentar el concepto de *comunidad simbólica*. Sin embargo, el nexo que puede establecerse entre estos desarrollos teóricos y la teoría de la categorización del *self* de Turner (1987) resulta sumamente interesante y comporta una serie de reflexiones que pasamos a desarrollar.

Identidad social y categorías espaciales

En un sentido general, podemos considerar que las categorías espaciales son uno de los diversos tipos de categorías sociales que los individuos utilizan para definir su identidad social. Su característica distintiva, sin embargo, es que el referente directo de la categorización es el propio espacio (urbano en nuestro caso). Podemos decir pues que los individuos configuran su identidad social también en base a considerarse pertenecientes a un espacio determinado, siendo la *identidad social urbana* una subestructura de la identidad social —de manera análoga a la concepción de Lalli de la identidad urbana como subestructura de la identidad del *self*—.

A partir de ahí entramos en la dialéctica entre identidad individual e identidad social o, como afirma Fischer, «un complejo enredo de lo social y de lo individual» (1990, p. 157). Para Turner, el problema se resuelve si consideramos la identidad social como un *continuum* en función de los niveles de abstracción sobre los que los individuos se categorizan, pasando desde categorizaciones to-

talmente personales hasta categorizaciones sociales cada vez más inclusivas («humanos», por ejemplo). Por otro lado, desde el interaccionismo simbólico, autores como Blumer (1969) defienden la idea de que todo objeto (y como tal también pueden ser consideradas las categorías) es social en tanto en cuanto su significado es fruto de la interacción simbólica; por tanto, incluso las categorías más personales tienen una base social determinante. Por último, desde el construccionismo social, Berger y Luckman (1966) afirman que «los tipos de identidad son productos sociales *tout court*» (1984, p. 217). Así pues, aunque desde diferentes planteamientos, tanto las teorías sociocognitivas como las interaccionistas simbólicas o las construccionistas sociales compartirían la idea de que la identidad de los individuos tiene una fuerte componente social e implica procesos fundamentales a este nivel.

Llevando estas reflexiones al campo de la psicología ambiental, y concretamente al tema de los entornos urbanos considerados como productos sociales, podemos decir que las categorizaciones que una persona puede hacer en relación a su pertenencia al espacio comprenderían básicamente tres niveles de consideración: «el espacio mío», «el espacio nuestro» y «el espacio de todos», de manera análoga a los niveles de abstracción categorial propuestos por Turner (1987). Este planteamiento implica hacer referencia a dos elementos teóricos propios de la psicología ambiental: el concepto de espacio personal y los procesos de apropiación espacial.

Espacio personal y apropiación espacial

Diversos son los autores que han realizado estudios sobre el tema del espacio personal (Hall, 1966; Horowitz, 1974; Sommer, 1969; Moles, 1977). De entre ellos destacaremos el trabajo de Moles (1977) pues su idea de *coquilles* presenta puntos de contacto con la línea de argumentación que hemos seguido hasta ahora. Para este autor la relación entre la persona y el espacio pasa por la consideración de una serie de capas concéntricas que representan los diferentes niveles de apropiación espacial. De esta manera, Moles, partiendo de la indumentaria como capa más cercana al individuo, relaciona sucesivamente el gesto inmediato, la vivienda, el barrio, la ciudad, la región, la nación y el mundo en el sentido más amplio (Fischer, 1990).

Por otro lado, si consideramos que una de las categorizaciones que configura la identidad social de un individuo o de un grupo es la que se deriva del sentido de pertenencia a un entorno, parece correcto pensar que los mecanismos de apropiación del espacio (Korosec, 1976) aparecen como fundamentales para este proceso de identificación. Sea a través de la acción-transformación o bien de la identificación simbólica (Pol, en prensa) el espacio se convierte en lugar, es decir, se vuelve significativo (Jørgensen, 1992). El mecanismo de apropiación facilita el diálogo entre los individuos y su entorno en una relación dinámica de interacción, ya que se fundamenta en un doble proceso: el individuo se apropia del espacio transformándolo física o simbólicamente y, al mismo tiempo, incorpora a su *self* determinadas cogniciones, afectos, sentimientos o actitudes rela-

cionadas con el espacio que resultan parte fundamental de su propia definición como individuo, de su identidad del *self* (Proshansky, 1976).

Aunque algunos autores consideran que los mecanismos de apropiación espacial remiten básicamente a un proceso individual (Korosec, 1976), otros han destacado que también pueden darse apropiaciones espaciales a nivel grupal. En este sentido, Fischer (1990) distingue tres niveles de apropiación: colectiva, de grupos reducidos (vecindario, barrio) o individual (en el caso del espacio personal). Si la identidad de *self* en relación al lugar (Proshansky, 1976; 1978; 1983) remite a un nivel de apropiación individual, la *identidad social urbana* se relaciona con procesos de apropiación espacial a nivel grupal o comunitario.

La categorización social en relación al espacio urbano

De esta manera, la categorización social basada en el sentido de pertenencia a determinados entornos urbanos se situaría, recogiendo las ideas de Turner (1987), en el nivel de abstracción intermedio de categorizaciones endogrupo-exogrupo, aunque dentro de éste podemos distinguir otros subniveles organizados jerárquicamente a través de relaciones de inclusión. En nuestro caso, pueden ser considerados dos niveles formales: aquél que corresponde a la categoría «barrio» y el que corresponde a la categoría «ciudad», pasando progresivamente hacia niveles de inclusión de clase más elevados. Por debajo de la categoría «barrio» nos situaríamos en un nivel de identificación espacial más «personal» (en el sentido de Turner) representado por la categoría «casa», mientras que por encima de la categoría «ciudad» encontraríamos sólo la de «área metropolitana» (en un sentido más administrativo que social) ya que a partir de ahí las categorías más inclusivas pierden la dimensión urbana (comarca, región, país, etc.) y, aunque igualmente importantes, quedan fuera de nuestro ámbito de análisis.¹

En un nivel de abstracción intermedio a los dos planteados encontramos otros tipos de categorías urbanas, más inespecíficas, que pueden responder a criterios de localización geográfica (por ejemplo «centro»), de funcionalidad (por ejemplo «área residencial») o a criterios socio-económicos o de estatus social (por ejemplo «zona alta», «suburbio», etc.). En líneas generales, englobaremos al conjunto de estas categorías intermedias bajo la denominación de «zona».

Con el objeto de ejemplificar el resto de la exposición que estamos efectuando en función de alguna de estas categorías, nos centraremos a partir de este momento en el análisis de la categoría social urbana «barrio», considerándola una categoría altamente interesante por su grado de flexibilidad y riqueza así como por su relevancia en relación a la identidad social ya que, como comenta Milgram, «el barrio resulta un componente importante de la identidad social de un individuo» (1984, p. 305). Este interés viene dado en buena parte por el hecho de considerarla una categoría «natural» (Wirth, 1945; Amérigo, 1990), es decir, superando su carácter administrativo —con una delimitación geográfica clara-

1. El constructo *identidad social espacial* al que hemos hecho referencia en la introducción, englobaría todos los niveles de abstracción categorial referidos en este punto.

mente determinada— nosotros consideraremos «barrio» aquello que los propios individuos consideran como tal, con una delimitación geográfica fruto de las «percepciones de los sujetos y de su sentido de pertenencia al barrio» (Amérigo, 1990, pp. 41-42). En este sentido, esta categoría urbana puede ser inclusiva de otras categorizaciones «barrio» de orden inferior. Así podemos hablar de grupos que se definen como un «sub-barrio» con sus propias características diferenciales. De hecho, autores como Marans y Rodgers (1975) distinguen entre macrobarrio (tomando como referencia los distritos oficialmente considerados) y microbarrio (vecindario o zona inmediata a la vivienda). Fried (1986) adopta una acepción social de barrio considerando que éste representa el contexto adecuado para una imagen del hogar, mientras que para Jacobs (1961) la vida que se desarrolla en los barrios es parecida a la que puede ofrecer un pueblo.

A partir de este planteamiento, un determinado grupo de individuos no basará sólo su identidad social en función de categorizaciones del *self* como «humanos, europeos, jóvenes, estudiantes, etc...», por ejemplo, sino que también pueden definirse como pertenecientes a un determinado barrio, zona o ciudad y, en este sentido, diferenciarse también de otras personas que no pertenezcan a las mismas categorías sociales urbanas en el mismo nivel de abstracción. El mecanismo de metacontraste que rige este juego de semejanzas y diferencias (destacado, entre otros, por Codol, 1984) haría, por ejemplo, que un determinado grupo se identificase con una determinada zona de la ciudad si las diferencias percibidas a nivel de barrio con otros barrios fuesen mínimas o escasamente relevantes, es decir, si la pertenencia a la categoría social «zona» resulta más «saliente» que la pertenencia a la categoría «barrio». De esta manera los individuos tenderán a definirse como pertenecientes a categorizaciones urbanas más inclusivas o de nivel de abstracción más elevado cuando las afiliaciones a categorías de niveles inferiores no permitan percibir diferencias suficientemente significativas respecto de otras categorías de este mismo nivel: un grupo se identificará con una zona si no es capaz de diferenciarse como barrio de los otros barrios, y se identificará con la ciudad si no es capaz de diferenciarse como zona de las otras zonas. A nivel endogrupal, sin embargo, la tendencia es la de buscar identificaciones de grupo en base a categorías poco inclusivas, posiblemente porque los individuos procuran definirse en relación a dimensiones categoriales que no comporten un alto grado de despersonalización. Así, aunque una persona pueda identificarse en base a su ciudad o su zona, preferirá identificarse en primer lugar con su barrio.

Ello, sin embargo, no siempre es posible, sobre todo si consideramos que otra cuestión importante a tener en cuenta es que el grupo no tan sólo busca identificarse como tal a través de determinadas categorías urbanas; también pretende que las otras personas (el exogrupo) los identifiquen en base a estas categorizaciones. En este sentido, la identidad social asociada al espacio dependerá de que, tanto las atribuciones internas (endgrupales) como las externas (del exogrupo hacia el endogrupo) que definen una determinada categorización, se sitúen en el mismo nivel de abstracción y en categorías relevantes para ambas partes. Así, por ejemplo, nosotros podremos identificarnos como pertenecientes a un determinado barrio y diferenciarnos a través de esta categoría urbana ante otras personas: *a*) que no pertenezcan a nuestro barrio, *b*) que conozcan nuestro barrio,

c) que sean también capaces de definirse en relación a su barrio. En cambio, si queremos identificarnos en base a una categorización urbana, por ejemplo, ante una persona extranjera que no conozca nuestro barrio, tendremos que hacerlo a través de la categoría «ciudad», más inclusiva, y de esta manera ella podrá definirse también como perteneciente a su ciudad. Ambos, sin embargo, hemos de tener un cierto grado de conocimiento previo de las dimensiones categoriales utilizadas en la interacción.

Este conocimiento de las dimensiones relevantes para las categorías sociales urbanas no ha de basarse necesariamente en un conocimiento «in situ» de un determinado barrio, zona o ciudad. Entre otros, existen dos elementos importantes que actúan a nivel simbólico y que permiten representar las dimensiones categoriales en tanto en cuanto son considerados, tanto a nivel endogrupal como exogrupal, representativos o característicos de la categoría en conjunto, es decir, en palabras de Turner (1987), son prototípicos de una determinada categoría social: *a*) el nombre por el que se conoce al barrio, la zona o la ciudad, y *b*) determinados elementos del espacio urbano percibidos como prototípicos —que nosotros llamaremos *espacios simbólicos urbanos* (Valera, 1993)— facilitan una interacción social a nivel simbólico y permiten establecer los mecanismos de categorización y comparación que determinan la identidad social asociada a un entorno urbano. Para Lalli (1988), además de estos elementos, también pueden considerarse otros como determinados acontecimientos culturales característicos (ferias, fiestas, exhibiciones, etc.), elementos geográficos (ríos, lagos, etc.) y, en general, cualquier particularidad distintiva asociada a este entorno.

Características de la *identidad social urbana*

Hasta este punto hemos expuesto las principales aportaciones teóricas que, recogiendo en gran parte supuestos propios de las teorías del *self* desde una perspectiva ambiental, se han hecho sobre el tema de la identidad social y las hemos puesto en relación con la teoría de la categorización del *self* de Turner (1987). Es ahora el momento de concretar cuáles son las principales características que definen a la *identidad social urbana* asociada a un determinado entorno urbano.

1. *El sentido de pertenencia como categorización social*

En primer lugar, consideramos que el sentido de pertenencia a un determinado entorno urbano puede ser considerado como una categorización social más de las diversas que configuran la identidad social de individuos y grupos. En nuestro caso, configura aquella estructura que hemos denominado *identidad social urbana*.

2. Niveles de abstracción categorial

Esta categorización se sitúa en un nivel de abstracción grupal en la medida en que un conjunto de individuos se definen, en base a unas determinadas dimensiones, como pertenecientes a una determinada categoría urbana —es decir, se consideran iguales en cuanto a estas dimensiones— y se diferencian de otros grupos en el mismo nivel de abstracción categorial a partir de estas mismas dimensiones.

3. Categorías sociales urbanas

Las categorías sociales urbanas susceptibles de generar identidad social urbana se definen, por su nivel de abstracción, en «barrio», «zona» y «ciudad». Los individuos, pues, tenderán a identificarse como grupo en base a alguna de estas categorías en función de que las diferencias percibidas intracategorialmente sean menores que las percibidas intercategorialmente (siguiendo el principio de metacontraste), pero también en función del nivel de abstracción categorial en el que se sitúan los individuos considerados exogrupo en una situación de interacción donde la identificación fundamentada en categorías urbanas pueda ser relevante. La concepción dinámica de la identidad social urbana ha sido puesta de manifiesto también por Reid y Aguilar (1991) cuando destacan la existencia de una red jerárquica de identidades espaciales: «Una es la identidad que se expresa frente al extraño (...), otra la que se muestra frente a un vecino de la misma calle.» (1991, p. 197).

4. Construcción social de las categorías sociales urbanas

Las dimensiones que determinan la afiliación a una determinada categoría social urbana están configuradas por un conjunto de significados socialmente elaborados y compartidos fruto de la interacción simbólica entre los miembros de un mismo grupo o categoría, entre ellos y el entorno que sirve de base categorial y entre ellos y los otros individuos que no pertenecen a la misma categoría. Es destacable especialmente el papel que juega el entorno como un elemento más de la interacción (Stokols, 1990) y no únicamente como escenario físico donde ésta se desarrolla.

5. Dimensiones categoriales

Las dimensiones categoriales que pueden ser consideradas relevantes para la configuración de la identidad social urbana se definen en relación con los siguientes criterios:

a) *Dimensión territorial.* En la medida en que estamos hablando de entornos urbanos, los límites geográficos definidos por las personas que se identifican

en base a una determinada categoría urbana son un elemento importante en el momento de diferenciarse de otros grupos que ocupan entornos diferentes mientras que, a nivel simbólico, pueden jugar un importante papel en las relaciones que se dan entre los grupos y comunidades (Hunter, 1987). La *dimensión territorial* de una determinada categoría social urbana resulta un elemento relevante en los procesos de identificación endogrupal y diferenciación con el exogrupo; en definitiva, resulta relevante para la consolidación de la identidad social urbana. Los límites que definen a una categoría urbana pueden responder a una delimitación de orden administrativo o bien de orden social. En el caso de la categoría «barrio», tomado como ejemplo de nuestro análisis, los grupos tienden a definir sus propios límites que, en muchos casos, no coinciden totalmente con los administrativos (Wirth, 1945; Marans y Rodgers, 1975). En este sentido, la delimitación territorial resulta una construcción social comúnmente elaborada y compartida, fruto en buena parte del sentido de pertenencia de individuos y grupos a lo que consideran «su» barrio (Amérigo, 1990).

b) *Dimensión psicosocial*. Si consideramos junto a Lalli (1988) que cada pueblo tiene su propia imagen, la afiliación a una determinada categoría urbana puede también derivar en un conjunto de atribuciones (tanto internas como externas) que proporcionen un carácter especial o distintivo a los miembros asociados a esta categoría, es decir, que doten de un cierto tipo de «personalidad» a las personas como característica diferencial respecto a los otros grupos (Lalli, 1988; en prensa). Paralelamente, un determinado barrio puede diferenciarse de los otros en función de la calidad de las relaciones sociales percibidas por sus habitantes. En este sentido, Reid y Aguilar (1991) destacan: «La intensidad de la vida social en el barrio es empleada para argumentar diferencias frente a otros grupos (...), de ahí que se les atribuyan rasgos particulares: esto crea una compleja red de jerarquías de identidad que adquieren un matiz y una expresión particular de acuerdo con las condiciones situacionales» (1991, p. 197).

Por otra parte, Francis (1983) señala que la identificación y caracterización de una ciudad o de una parte de ella está en función de la calidad de vida que representa mientras que Firey (1945), analizando la ciudad de Boston, pudo observar cómo el hecho de sentirse perteneciente a un determinado barrio confiere a los individuos un determinado estatus o prestigio social, generando así evaluaciones positivas del *self*. En definitiva, la identidad social urbana, en base a estas ideas, se basa también en una *dimensión psicosocial*.

c) *Dimensión temporal*. Recuperando la necesidad de contextualización histórica de todo fenómeno social (Gergen, 1985), la historia del grupo y su relación con el entorno es un elemento fundamental que se halla en la base de la identidad social urbana. Los procesos por los cuales un determinado grupo llega a identificarse con su entorno dependen en gran parte de la evolución histórica del grupo y del propio entorno, generándose así un sentimiento de continuidad temporal básico para la definición de la identidad social urbana (Stokols y Jacoby, 1984; Lalli, 1988). En la medida en que un grupo se sienta históricamente ligado a un determinado entorno será capaz de definirse en base a esta historia común y diferenciarse de otros grupos que no comparten el mismo «pasado ambiental» o «memoria colectiva» (Stoetzel, 1970). La *dimensión temporal* es pues

un elemento de gran importancia para la identidad social urbana de los grupos y comunidades, especialmente de aquellos con una orientación temporal «tradicional» o «coordinada» (Stokols y Jacobi, 1984). Respecto a este último punto, podríamos decir que si una orientación temporal «tradicional» es suficiente para consolidar la identidad social urbana de un grupo, una orientación «coordinada» asegura la prevalencia y la transmisión de esta identidad a generaciones futuras, dinamizando su proceso evolutivo.

d) *Dimensión conductual*. La identidad social urbana, en tanto que fruto de un sentido grupal de pertenencia a una determinada categoría o entorno urbano, genera también determinadas manifestaciones conductuales. Bien sea a través de los usos definidos en el espacio o bien a través de la acción-transformación de éste como modo de apropiación, los individuos y grupos se relacionan de manera activa con el entorno (Pol, en prensa). En este sentido se perfila una cuarta dimensión importante: la *dimensión conductual*, estrechamente ligada al conjunto de prácticas sociales propias de una determinada categoría social urbana (Francis, 1983).

e) *Dimensión social*. Las características sociales de un grupo asociado a un determinado entorno o categoría social urbana pueden resultar un importante elemento para la definición de la identidad social urbana. Así pues, hay que contemplar también una *dimensión social* ya que, como señala Hunter (1987), el contenido de una identificación comunitaria dependerá, hasta cierto punto, de la composición social de la comunidad en la cual se da la realidad desde la que construiremos esta identidad. Paralelamente, algunos autores han establecido una relación entre estructura social y jerarquía simbólica del espacio (Castells, 1979; Rapoport, 1970; Firey, 1945).

f) *Dimensión ideológica*. Por último, la identidad social urbana puede remitir a los valores ideológicos implícitos compartidos por un determinado grupo o comunidad, es decir, a una *dimensión ideológica*. Autores como Castells (1972) consideran que los entornos urbanos (especialmente la ciudad) son plasmaciones de las instancias ideológicas que rigen y determinan una sociedad. Las formas espaciales pueden ser consideradas formas culturales en tanto en cuanto son la expresión de las ideologías sociales.

6. Interrelación de las dimensiones categoriales

Las dimensiones por las cuales una determinada categoría social urbana puede hacerse «saliente» para un grupo, fundamentando de esta manera la identidad social urbana asociada al entorno, no son, en cualquier caso, mutuamente excluyentes. Aunque a efectos de análisis y descripción las hemos presentado de forma separada, su relevancia sobre los procesos de identidad radica precisamente en la estrecha relación que mantienen unas con las otras así como en los niveles de implicación mutua.

7. Las relaciones ecológicas entre comunidades urbanas

Las relaciones de tipo ecológico que un grupo o comunidad mantiene con

otros grupos u otras comunidades han de ser contempladas también como un factor determinante de la identidad social urbana. En este sentido, autores como Firey (1945) o Hunter (1987) consideran la importancia del valor simbólico asociado a un entorno en la explicación de fenómenos como la movilidad social o los procesos de *gentrificación*.

8. *Concepción dinámica de los procesos de categorización*

Hasta el momento hemos planteado que los individuos y grupos tienden a definirse como tales, es decir, configuran su identidad social urbana en base a un sistema de categorización compuesto por diferentes niveles de abstracción o categorías sociales urbanas de orden más o menos inclusivo. Este proceso de categorización no es en ningún caso estático sino que los individuos o grupos utilizan diferentes niveles de abstracción categorial en función de sus necesidades, es decir, en función de la categoría con la cual interese identificarse ante otros individuos o grupos (Reid y Aguilar, 1991). A su vez, el énfasis puesto en la construcción social de los significados relevantes para las categorizaciones a través de la interacción simbólica hace que, constantemente, se estén reconstruyendo estos significados y, por lo tanto, la identidad social urbana sea no tan sólo un producto social sino un proceso en constante evolución. Esto implica recuperar la perspectiva temporal-histórica en el estudio de las relaciones entre los individuos y grupos y sus entornos (Gergen, 1985; Stokols, 1990; Aguilar, 1990).

9. *Jerarquización categorial*

El planteamiento anteriormente expuesto según el cual los individuos y grupos se mueven indistintamente entre diferentes niveles de abstracción categorial (identificación con un barrio, zona o ciudad) no excluye el hecho de que también puedan identificarse con otras categorías urbanas del mismo nivel de abstracción: barrio donde se vive/barrio donde se trabaja, ciudad de origen/ciudad donde se vive actualmente. En definitiva, es necesario también contemplar la existencia de sistemas de categorización urbana paralelos, los cuales, en un sentido similar al planteamiento de Proshansky y otros (1983) en referencia a la identidad del *self*, contribuyen a definir conjuntamente la identidad social urbana. En todo caso, reconocer la existencia de sistemas de categorización paralelos implica también reconocer que los individuos o grupos tenderán a jerarquizar estos sistemas al definir su identidad social urbana y que la relación con el espacio puede quedar afectada por este hecho. Esta idea podría explicar, por ejemplo, el fenómeno de que un grupo de inmigrantes que procede de un mismo lugar de origen (y, por lo tanto, tiene configurada su identidad en base a la categoría urbana originaria) se apropie y se identifique, en un primer momento, con el nuevo espacio reconstruyendo el entorno ambiental de procedencia.

10. *Elementos simbólicos*

Finalmente, existen determinados elementos capaces de simbolizar los pro-

cesos hasta ahora descritos o, de manera más general, simbolizar el sentido de identidad social urbana que define a un grupo determinado. Estos elementos, por su capacidad simbólica, facilitan los procesos de identificación endogrupal, las relaciones entre endogrupo y exogrupo en base a las diferencias percibidas, así como los mecanismos de apropiación espacial a nivel simbólico. Por ejemplo, Lalli (1988) o Francis (1983) destacan como tales características propias del grupo asociado a un entorno urbano concreto en relación a las prácticas sociales que se desarrollan en él: ferias, manifestaciones culturales, fiestas mayores, etc. y, en general, otras características que puedan ser percibidas como representativas de una categoría social urbana y, por lo tanto, diferenciales respecto a las otras categorías.

Sin embargo, quisiéramos aquí destacar dos elementos de especial relevancia por sus implicaciones sobre el espacio construido.

a) En primer lugar, los *topónimos* asociados a determinados elementos del entorno urbano (Hunter, 1987; Bonnes y Secchiaroli, 1992). De entre ellos, el nombre dado a la categoría urbana (barrio, zona o ciudad) puede considerarse como un referente simbólico relevante (Lalli, 1988) y no tan sólo una etiqueta identificativa sin contenido (Downs y Stea, 1977). En este sentido cabe destacar cómo el análisis de la toponimia del lugar resulta un elemento altamente interesante para el estudio de la construcción social de significados asociados a un entorno, tanto más cuando este análisis adopta una perspectiva socio-histórica, como recientemente hemos puesto de relieve (Valera, 1993).

b) *Espacios simbólicos urbanos*. En segundo lugar, resulta especialmente interesante el análisis de los espacios de un entorno urbano determinado que, siendo considerados por los miembros de un grupo asociado a un entorno como elementos representativos de éste, son capaces de simbolizar las dimensiones más relevantes de la identidad social urbana de este grupo. De esta manera, determinados espacios o lugares pueden ser considerados como elementos prototípicos de la categoría social urbana relevante para la definición de la identidad social. Entre estos podemos distinguir elementos geográficos (ríos, montañas, lagos, etc.), monumentos (Bohigas, 1985, Francis, 1983) y, en general, determinados elementos arquitectónicos o urbanísticos propios y característicos de este entorno que nosotros denominaremos *espacios simbólicos urbanos* (Valera, 1993).

Comentarios finales

Aunque los procesos de identificación social en relación con el entorno distan mucho de quedar totalmente comprendidos, la aportación de este trabajo pretende aproximarse al concepto de *identidad social urbana* como punto de conexión entre la Psicología Social y la Psicología Ambiental, nexo por otra parte necesario para una concepción global del entorno y para comprender los procesos sociales que tienen lugar en nuestras ciudades, fruto de los cuales es la creciente preocupación por el estudio del fenómeno urbano que se está produciendo

actualmente. En este sentido, las teorías de la identidad social resultan un punto de partida fundamental a partir del cual interpretar y contextualizar las diversas aportaciones de la Antropología, la Sociología y la Psicología Ambiental, así como para desarrollar conceptualizaciones teóricas orientadas hacia el estudio de fenómenos sociales concretos que se dan en nuestras ciudades. Así, parece interesante apuntar el potencial explicativo del concepto de *identidad social espacial* —aunque en el ámbito concreto de nuestro análisis nos hemos referido a *identidad social urbana*— para el estudio de temas como la incidencia de las «tribus urbanas», los procesos de movilidad social y *gentrificación*, el impacto social de las transformaciones urbanísticas o las repercusiones sociales de las grandes líneas del planeamiento urbano.

Hay, sin embargo, otro aspecto a comentar y que constituye la otra cara de la moneda a partir de lo que se desprende del título de este trabajo. La definición conceptual de la identidad social urbana permite también integrar nuevas perspectivas al desarrollo teórico del concepto de identidad social desde la propia Psicología Social. De esta manera, la incorporación de los aspectos ambientales como elementos determinantes de la identidad social facilita la adopción de una óptica novedosa e interesante en los estudios sobre tal constructo, implicando a la vez a psicólogos ambientales y a psicólogos sociales en líneas de investigación conjuntas. La necesidad de profundizar en el tema, de perfilar y definir los conceptos y de ampliar el estudio a otros tipos de referentes ambientales —superando el marco estrictamente urbano— abre nuevas y apasionantes vías de investigación y análisis que, por nuestra parte, continuaremos explorando.

REFERENCIAS

- Aguilar, M.A. (1990). La construcción de una psicología urbana. *Anuario de Sociología*, México.
- Amérigo, M. (1990). *Satisfacción residencial. Una aproximación psicosocial a los estudios de calidad de vida*. Madrid: Universidad Complutense.
- Aragónés, J.I., Corraliza, J.A., Cortés, B., & Amérigo, M. (1992). Perception of territory and social identity. In *Socio-Environmental Metamorphoses: Builtscapes, Landscapes, Ethnoscape, Euroscape*. Proceedings IAPS 12 International Conference, Vol. II (pp. 252-259). Marmaras, Greece.
- Berger, P.L. y Luckmann, T. (1988). *La construcción social de la realidad*. Barcelona: Herder (Edición original en inglés 1966).
- Blumer, H. (1982). *El Interaccionismo Simbólico. Perspectiva y método*. Barcelona: Hora (Edición original en inglés 1969).
- Bohigas, O. (1985). *Reconstrucció de Barcelona*. Barcelona: Edicions 62.
- Bonnes, M., Secchiaroli, G. (1992). *Psicología Ambiental. Introduzione alla psicologia sociale dell'ambiente*. Roma: La Nuova Italia Scientifica.
- Brown, R.J. (1988). Social Identity and the Environment: a Commentary. In D. Canter (Ed.). *Environmental Social Psychology, NATO ASI Series: Behavioural and Social Sciences*, Vol. 45 (pp. 219-221). Dordrech, The Netherlands: Kluwer Academic Publishers.
- Brown, R. (1991). Relaciones intergrupales. En M. Hewstone, W. Stroebe, J.P. Codol, y G.M. Stephenson (Dirs.), *Introducción a la psicología social. Una perspectiva europea* (pp. 369-394). Barcelona: Ariel.
- Bruner, J.S., Goodnow, J.S. & Austin, G.A. (1956). *A study of thinking*. New York: John Wiley and Sons.
- Canter, D. (Ed.) (1988). *Environmental Social Psychology, NATO ASI Series: Behavioural and Social Sciences*, Vol. 45. Dordrech, The Netherlands: Kluwer Academic Publishers.
- Castells, M. (1979). La intervención administrativa en los centros urbanos de las grandes ciudades, *Papers, Revista de Sociologia*, 11, 227-250.
- Castells, M. (1988). *La cuestión urbana*. México: Siglo XXI (Edición original en francés 1972).

- Codol, J.P. (1984). Différenciation et indifférenciation sociales. *Bulletin de Psychologie*, 37 (365), 515-529.
- Downs R.M., & Stea, D. (1977). *Maps in Mind. Reflections on Cognitive Mapping*. New York: Harper & Row Publishers.
- Firey, W. (1974). Sentimiento y simbolismo como variables ecológicas. En G.A. Theodorson. *Estudios de Ecología Humana*, Vol. 1 (pp. 419-432). Barcelona: Labor. (Traducción del original en inglés *Sentiment and Symbolism as Ecological Variables*, *American Sociological Review*, 10, 140-148, 1947.)
- Fischer, G.N. (1990). *Psicología social. Conceptos fundamentales*. Madrid: Narcea. (Edición original en francés 1987.)
- Fischer, G.N. (1992). *Campos de intervención en Psicología Social*. Madrid: Narcea. (Edición original en francés 1990.)
- Francis, R. (1983). Symbols, images and social organization in urban sociology. In V. Pons, & R. Francis (Eds.), *Urban Social Research: Problems and Prospects* (pp. 115-145). London: Routledge & Kegan Paul.
- Fried, M. (1986). The neighborhood in metropolitan life: its psychological significance. In R.B. Taylor. *Urban neighborhoods. Research and Policy* (pp. 331-363). New York: Praeger.
- Gergen, K.J. (1985). The Social Constructionist Movement in Modern Psychology. *American Psychologist*, 40 (3), 266-275.
- Goofman, E. (1971). *Ritual de la interacción*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo. (Edición original en inglés 1967.)
- Hall, E.T. (1988). *La dimensión oculta*. México: Siglo XXI. (Edición original en inglés 1966.)
- Hogg, M.A. & Abrams, D. (1988). *Social Identifications. A social psychology of intergroup relations and group processes*. New York: Routledge.
- Hunter, A. (1987). The symbolic ecology of suburbia. In Altman & Wandersman (Eds.). *Human Behavior and Environment: Vol. 9. Neighborhood and community environments* (pp. 191-219). New York: Plenum Press.
- Ibáñez, T. (1990). *Aproximaciones a la Psicología Social*. Barcelona: Sendai.
- Jacobs, J. (1961). *The death and life of great American cities*. New York: Random House.
- Javaloy, F. (1990). *De la desindividuación a la identidad social: un cambio necesario de orientación en el panorama teórico del comportamiento colectivo*. Universidad de Barcelona. Documento no publicado.
- Korosec, P. (Ed.) (1976). *Appropriation of space. Proceedings of the Strasbourg Conference*. Louvain-la-Neuve: CIACO.
- Lalli, M. (1988). Urban Identity. In D. Canter (Ed.). *Environmental Social Psychology, NATO ASI Series, Behavioural and Social Sciences*, Vol. 45 (pp. 303-311). Dordrech, The Netherlands: Kluwer Academic Publishers.
- Lalli, M. (en prensa). Urban-related identity: Theory, measurement, and empirical findings. *Journal of Environmental Psychology*.
- Marans, R.W. & Rodgers, W. (1975). Toward an understanding of community satisfaction. In A. Hawley, & V. Rock (Eds.). *Metropolitan America in contemporary perspective*. New York: Halstead Press.
- Mead, G.H. (1990). *Espíritu, persona y sociedad*. México: Paidós, 1990. (Edición original en inglés 1934.)
- Milgram, S. (1984). Cities as Social Representations. In S. Moscovici, & R. Farr (Eds.). *Social Representations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Moles, A. (1972). *Psicología del espacio*. Madrid: Aguilera.
- Pol, E. (en prensa). *La apropiación del espacio*.
- Pol, E. (1993). *The Environmental Psychology in Europe*. Londres: Avebury.
- Pol, E. (1994). Seis reflexiones sobre los procesos psicológicos en el uso, organización y evaluación del espacio. En M. Amérgo, J.I. Aragonés y J.A. Corraliza (Eds.). *El comportamiento en el medio natural y construido* (pp. 121-133). Badajoz: Junta de Extremadura.
- Proshansky, H.M. (1976). The Appropriation and Misappropriation of Space. In P. Korosec (Ed.). *Appropriation of Space. Proceedings of the Strasbourg Conference* (pp. 31-45). Louvain-la-Neuve: CIACO.
- Proshansky, H.M. (1978). The city and self-identity. *Environment and Behavior*, 10 (2), 147-169.
- Proshansky, H.M., Fabian, & Kaminoff (1983). Place-identity: physical world socialization of the self. *Journal of Environmental Psychology*, 3, 57- 83.
- Rapoport, A. (1974). Simbolismo y diseño del entorno. En A. Rapoport. *Aspectos de la calidad del entorno* (pp. 23-32). Barcelona: La Gaya Ciencia. (Edición original en inglés 1970.)
- Rapoport, A. (1978). *Aspectos humanos de la forma urbana. Hacia una confrontación de las ciencias sociales con el diseño de la forma urbana*. Barcelona: Gustavo Gili. (Edición original en inglés 1977.)
- Reid, A. y Aguilar, M.A. (1991). Barrio y vida cotidiana: una experiencia de trabajo en la reconstrucción

- de la vivienda. En A. Massolo y otros. *Procesos rurales y urbanos en el México actual*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Stoetzel, J. (1970). *Psicología Social*. Alcoy: Marfil.
- Stokols, D. (1981). Group x Place Transactions: Some Neglected Issues in Psychological Research. In D. Magnusson (Ed.), *Toward a Psychology of Situations: An Interactional Perspective* (pp. 393-415). Hillsdale, New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- Stokols, D. (1990). Instrumental and Spiritual Views of People-Environment Relations. *American Psychologist*, 45(5), 641-646.
- Stokols, D. & Jacobi, M. (1984). Traditional, Present Oriented, and Futuristic Modes of Group-Environment Relations. In K.J. Gergen, & M.M. Gergen. *Historical Social Psychology* (pp. 303-324). Hillsdale: Lawrence Erlbaum Associates.
- Stokols, D. & Shumaker, S.A. (1981). People in Places: A Transactional View of Settings. In J.H. Harvey (Ed.), *Cognition, Social Behavior, and the Environment* (pp. 441-488). Hillsdale, New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- Stryker, S. (1983). Tendencias teóricas de la psicología social: hacia una psicología social interdisciplinar. En J.R. Torregrosa y B. Sarabia (Dir.). *Perspectivas y contextos de la psicología social* (pp. 13-72). Barcelona: Hispano Europea.
- Tajfel, H. (1983). Psicología social y proceso social. En J.R. Torregrosa y B. Sarabia (Dir.). *Perspectivas y contextos de la psicología social* (pp. 177-216). Barcelona: Hispano Europea.
- Tajfel, H. (1984). *Grupos humanos y categorías sociales*. Barcelona: Herder. (Edición original en inglés 1981.)
- Tajfel, H. & Turner, J.C. (1989). La teoría de la identidad social de la conducta intergrupar. En J.F. Morales y C. Huici (Eds.), *Lecturas en Psicología Social* (pp. 225-259). Madrid: UNED. (Trabajo original en inglés 1985.)
- Turner, J.C. (1990). *Redescubrir el grupo social*. Madrid: Morata. (Edición original en inglés 1987.)
- Valera, S. (1993). *El simbolisme en la ciutat. Funcions de l'espai simbòlic urbà*. Tesis doctoral no publicada. Universidad de Barcelona.
- Wirth, L. (1974). Ecología Humana. En G.A. Theodorson. *Estudios de Ecología Humana*, Vol.1 (pp. 129-137). Barcelona: Labor. (Trabajo original en inglés 1945.)